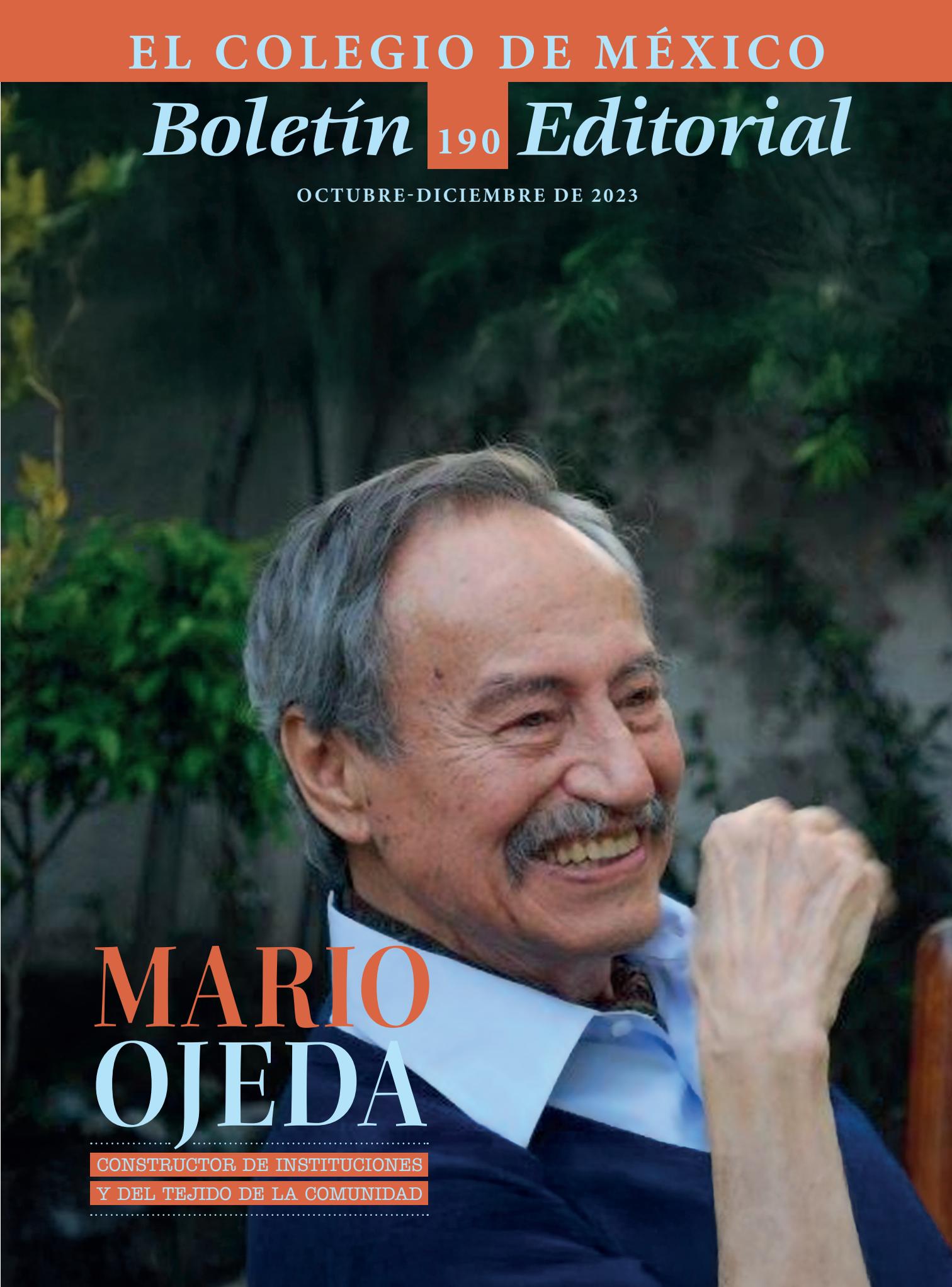


EL COLEGIO DE MÉXICO

*Boletín* 190 *Editorial*

OCTUBRE-DICIEMBRE DE 2023

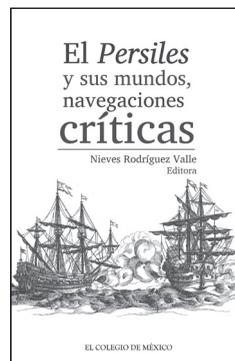
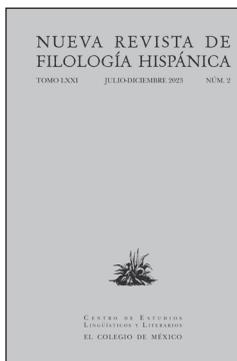
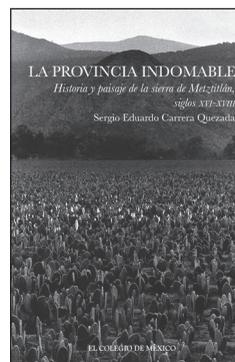
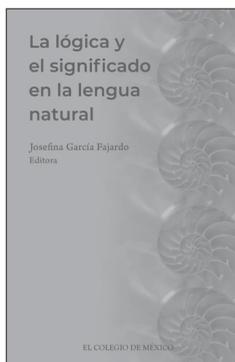
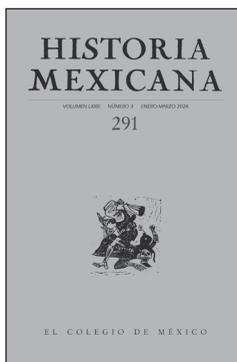
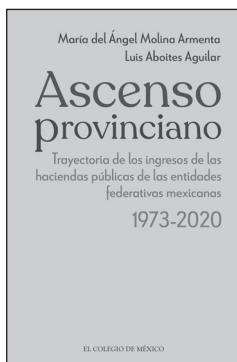
A photograph of Mario Ojeda, an older man with grey hair and a mustache, smiling broadly. He is wearing a dark blue suit jacket over a light blue shirt and a patterned tie. His right hand is raised near his face. The background is a blurred green wall.

**MARIO  
OJEDA**

CONSTRUCTOR DE INSTITUCIONES

Y DEL TEJIDO DE LA COMUNIDAD

# NOVEDADES EDITORIALES



**El Colegio de México, A. C.,**  
Dirección de Publicaciones, Carretera Picacho Ajusco 20,  
Ampliación Fuentes del Pedregal, 14110, Ciudad de México  
Para mayores informes: Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,  
o correo electrónico: [elibro@colmex.mx](mailto:elibro@colmex.mx)

# Í N D I C E

Presentación

■ 2

Mario Ojeda y  
la construcción institucional  
■ *Silvia Giorguli* ■ 3

Las *Memorias* de Mario Ojeda  
■ *Andrés Lira* ■ 7

Con don Mario empezó  
la institucionalización de El Colegio  
■ *Javier Garciadiego* ■ 12

Conversaciones con don Mario  
y con el profesor Ojeda  
■ *Jean-François Prud'homme* ■ 17

Dedicación a la educación, amor por  
la diversidad y compromiso con la naturaleza  
■ *Paloma Ojeda Revah* ■ 21

Recordando a Mario Ojeda,  
a 10 años de su muerte  
■ *Celia Toro* ■ 24

“Procurar la productividad científica  
y mantener la objetividad académica”  
■ *Mario Ojeda* ■ 27

---

EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C., Carretera Picacho Ajusco 20, Ampliación Fuentes del Pedregal, 14110, Tlalpan, Ciudad de México, Tel. 555449 3000, ext. 3077

Presidenta SILVIA E. GIORGULI SAUCEDO ■ Secretario general VICENTE UGALDE SALDAÑA ■ Coordinadora general académica ANA COVARRUBIAS VELASCO ■ Secretario académico PATRICIO SOLÍS ■  
Secretario administrativo ADRIÁN RUBIO ■ Directora de publicaciones GABRIELA SAID ■ Coordinadora de producción editorial CLAUDIA PRIANI ■ Editor ULISES MARTÍNEZ FLORES ■  
Corrector ISMAEL SEGURA HERNÁNDEZ ■ Coordinador de diseño PABLO ANDRÉS REYNA LEÓN ■ Coordinador de promoción y ventas JULIO LEGORRETA BALBUENA

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 190, OCTUBRE-DICIEMBRE DE 2023

Impresión: Jair Gerardo Seres Hernández, ubicados en Esmeralda 100-303, col. Valle Escondido, 14600, Tlalpan, Ciudad de México, México.

Formación y diseño de portada: ROSALBA ALVARADO PÉREZ

ISSN 0186-3924

Certificado de licitud. núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04 1999-112513491900-102.

# Presentación



El 8 de noviembre de 2023, el Auditorio Alfonso Reyes de El Colegio de México fue sede de una ceremonia en homenaje a Mario Ojeda Gómez, a diez años de su fallecimiento. Como señalara la doctora Ana Covarrubias, moderadora de la reunión, las semblanzas y remembranzas que expusieron los colegas de don Mario: Silvia Giorguli, Andrés Lira, Javier Garcia-diego, Jean-François Prud'homme y Celia Toro, así como su hija Paloma Ojeda, mostraron en conjunto una fotografía muy completa del homenajeado, como constructor de instituciones, mediador en el tejido de la comunidad, profesor y hombre de familia.

El *Boletín Editorial* de El Colegio de México recoge en este número lo dicho en la citada ceremonia acerca de quien fuera en nuestra institución director del Centro de Estudios Internacionales, secretario general, coordinador general académico, presidente y profesor emérito; al final, damos la palabra a don Mario Ojeda con la publicación de uno de los capítulos de sus *Memorias*, el dedicado a su primer periodo como presidente de El Colegio de México, responsabilidad que tuvo encomendada de septiembre de 1985 a septiembre de 1995.

# Mario Ojeda y la construcción institucional\*\*

Buenas tardes a todas, a todos; me da muchísimo gusto estar aquí con quienes nos acompañan de manera presencial y quienes lo hacen a distancia. Coincido con Ana Covarrubias en que, para nosotros, es muy significativa la respuesta que recibimos cuando enviamos la información y la invitación sobre este evento, y ver el recuerdo muy cariñoso que se tiene del “profe”, como dice Ana; hubo gente que me dijo: “él fue mi director de tesis”, “él era presidente cuando yo fui directora”, “a mí me tocó trabajar con él desde la gestión en diferentes momentos”. Es también grato ver la presencia del profesor Ojeda no solamente en el área de estudios internacionales, sino en la institución. Y, además, nos da mucho gusto que esta ceremonia sea un espacio para volver a traer a El Colegio a gente que espero que se sienta como en su casa, a egresados que nos acompañan.

Me da muchísimo gusto saludar, en primer lugar, a Paloma, a Lina, a Diana, a la familia del profesor Ojeda que nos acompaña, a Mario, que no sé si nos acompaña de manera distante. Además, me parece muy representativo compartir esta mesa con expresidentes de El Colegio, quienes siguieron a don Mario en esa respon-

\* Es profesora-investigadora en el Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales de El Colegio de México y, desde 2015, presidenta de esta institución.

\*\* Palabras pronunciadas en la ceremonia en homenaje a Mario Ojeda Gómez, el 8 de noviembre de 2023, en el Auditorio Alfonso Reyes de El Colegio de México.



La presidenta de El Colegio de México, Silvia Giorguli, durante su participación en el homenaje a Mario Ojeda, el 8 de noviembre de 2023.

sabilidad: los doctores Andrés Lira y Javier Garciadiego.

También saludo con mucho gusto a los colegas del Centro de Estudios Internacionales (CEI); por supuesto, a Ana Covarrubias, ahora prestada del CEI a la Coordinación General Académica; a Jean-François Prud'homme, actual director del CEI, y a Celia Toro, profesora-investigadora de ese centro. Nos iba a acompañar Blanca Torres, pero por razones de salud no está; le mandamos un saludo con mucho, mucho cariño.

Saludos también a la comunidad de El Colegio de México que se suma a esta reunión. Quiero mencionar que nos acompañan colegas de la Uni-

Homenaje a

## MARIO OJEDA GÓMEZ

a diez años de su partida

Con la participación de

Silvia Giorguli  
 Andrés Lira  
 Javier Garcíadiego  
 Jean François Prud'homme  
 Paloma Ojeda Revah  
 Blanca Torres  
 Celia Toro  
 Ana Covarrubias

Miércoles 8 de noviembre de 2023 | 17:00 hrs.  
 Sala Alfonso Reyes, El Colegio de México

▶ YouTube: [https://www.youtube.com/watch?v=...](#)



versidad Autónoma Metropolitana, de la Asociación Nacional de Universidades e Institutos de Educación Superior, del Instituto Matías Romero, de la Secretaría de Cultura; eso refleja la presencia de don Mario más allá de lo que es el espacio de El Colegio de México, incluidos otros espacios como El Colegio de Jalisco, que también nos acompaña en esta reunión.

Sean todos bienvenidos a este homenaje al profesor Mario Ojeda Gómez, a 10 años de su fallecimiento. Este espacio es para honrar su memoria, y para reconocer su trayectoria y sus valiosas aportaciones a El Colegio. Es muy importante recordarlo para que las nuevas generaciones conozcan

y aprecien las contribuciones que tuvo don Mario.

Voy a referirme brevemente a las aportaciones que veo desde la construcción institucional, porque en la mesa hay quienes lo conocieron en mayor detalle y pueden hablar con mayor conocimiento. Este homenaje es un espacio para recordar al profesor, al director, al secretario general, al coordinador general académico, al presidente de esta institución. Y, por supuesto, al académico, algo que tiene una dimensión siempre muy presente en don Mario.

Es un espacio para reconocer al internaciona- lista, sus contribuciones al campo de las relaciones internacionales en los estudios sobre Estados



Unidos y sobre la relación bilateral, incluso en temas como la migración interna nacional, que siguen tan presentes y vigentes actualmente. Es un espacio de memoria para nosotros, dentro de El Colegio de México. Les agradezco a todos los que nos acompañan en este panel, que integra justamente las múltiples facetas de don Mario Ojeda y su paso visible en la actualidad por esta institución.

Mencionaba que quiero referirme a la lectura que hago ahora desde la presidencia de El Colegio de México sobre la participación de don Mario Ojeda en la construcción de nuestra institución: fue el segundo director del Centro de Estudios Internacionales, de 1962 a 1968, los dos primeros

años como interino; secretario general de 1972 a 1976; coordinador general académico de 1979 a 1981; presidente de El Colegio de 1985 a 1995, y profesor emérito desde 1997. Esta lista refleja los diversos roles que tuvo y los diferentes espacios desde los que participó justamente en la construcción institucional.

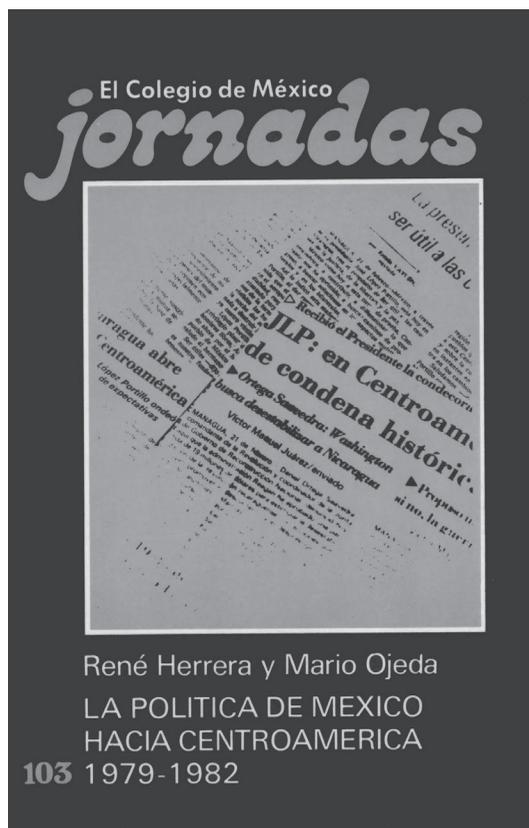
Desde la dirección del CEI, impulsó la construcción del campo de estudios de las relaciones internacionales en El Colegio de México, en un momento de consolidación justamente de la agenda de investigación sobre ciencias sociales en esta institución.

Quiero imaginar las discusiones en las que le habrá tocado participar como director del Centro en torno al plan de estudios, la búsqueda de docentes, la planeación sobre la formación de éstos, la organización de los programas. Esta idea de que los que serían docentes se fueran a formar fuera y después integrarlos de nuevo a la institución, como sería el caso de Olga Pellicer; y, por supuesto, también la discusión acerca de cómo vincular a los egresados de estos nuevos programas al mercado de trabajo, temas que, a final de cuentas, son parte también, hasta el día de hoy, de nuestro quehacer.

Este proceso de definir la creación del Centro de Estudios Internacionales coincide con una etapa inicial de El Colegio, ya con sus programas docentes propios y otorgando títulos. Y tiene que ver con la etapa de definir la personalidad de El Colegio en cuanto a formar estudiantes que en su etapa en El Colegio fueron estudiantes de tiempo completo, con apoyo económico, sin pago de colegiatura, como una institución pública, y, además, generar condiciones de estudio como la biblioteca. Entonces, quiero imaginar lo creativo y retador que debe haber sido arrancar un campo de estudio nuevo.

Él dirigió la primera tesis terminada en el Centro de Estudios Internacionales y después veríamos cómo justamente este campo de las ciencias sociales se iría expandiendo a otras áreas de El Colegio de México.

En términos de su trabajo en la gestión, sólo señalo que sus múltiples posiciones dentro de la



administración de El Colegio, como secretario general, coordinador general académico y presidente, hablan de sus grandes habilidades de gestión. Le tocó la huelga del 68; como director del CEI, las gestiones para hacer la construcción y el traslado de El Colegio a las nuevas instalaciones, y la ampliación del edificio. Le tocó la época de la creación de los dos sindicatos, varias huelgas, incluida la primera, que tuvo un efecto muy importante en la cohesión social de El Colegio. Le tocó la crisis económica de los años ochenta, el sismo del 85, recortes presupuestales. Es interesante ver que esos temas que inquietaron a don Mario siguen siendo parte de la preocupación el día de hoy, como la gestión presupuestal.

Para cerrar, quisiera decir que hay muchos aprendizajes para quienes seguimos en la gestión académica: cómo se manejaron las tensiones y divisiones en la comunidad académica, por ejemplo, en el caso de la huelga; la centralidad de la cohesión interna como uno de los puntos de preocupación; la idea de sanar heridas que ahora en estas épo-

cas de polarización es un tema muy vigente, y el tema presupuestal.

Quiero imaginar la angustia de los años ochenta al gestionar frente a los recortes presupuestales y de repente lo veo que es algo que sigue presente. Y la preocupación por mantener El Colegio en marcha, a pesar de los recortes presupuestales y retener a los profesores a pesar, por ejemplo, de la caída en los ingresos en términos reales.

También un aspecto por resaltar es la búsqueda de recursos para apoyar salarios, pero también donativos, equipo de cómputo, apoyo a proyectos de investigación. La creación de la Fundación Colmex, que sigue siendo hoy tan importante para aspectos como las becas a los estudiantes de licenciatura, la movilidad estudiantil y el financiamiento semilla a proyectos de investigación de El Colegio, que son tres de las múltiples actividades con las que estamos colaborando hoy con la Fundación.

Y otro tema es la importancia de tener este acercamiento con los egresados, que es, también, un acercamiento al mundo de trabajo de las nuevas generaciones. La Fundación también nos apoya de diferentes formas en proyectos de financiamiento, como lo son algunos de los premios.

Hay mucho para recordar la huella que dejó don Mario en su paso por El Colegio de México. Así que, agradezco a su familia que nos acompaña el día de hoy: Paloma, Lina, Diana, a toda la familia.

Agradezco muy especialmente a Ana Covarrubias por la coordinación de esta ceremonia, al Centro de Estudios Internacionales por la organización del panel y también quiero reconocer el trabajo de Alberto Palma para movilizarnos a todos en este homenaje, que lo hizo, además, con mucho cariño, me consta.

Gracias a todas las áreas de apoyo que han permitido que estemos aquí el día de hoy.

## Las Memorias de Mario Ojeda\*\*

Me da mucho gusto ver a los miembros de la familia Ojeda Revah aquí. Tengo magníficos recuerdos, como todos los que estamos aquí los tenemos, de Mario Ojeda, de Tilda, de la familia.

Hace diez años, por estas fechas, hicimos un recuerdo de Mario Ojeda; estaba recién ido de este piso en el que estamos, pero queda en nuestra memoria; cuando hablamos en ese momento, preparé un trabajo que se llama “Mario Ojeda: ciencia, conciencia y paciencia en la vida institucional” porque eso fue lo que reveló su personalidad.

Ahora, estaba yo preparando un trabajo inspirado en sus *Memorias*, un libro privado que escribió, y que acaba de hacerme ver la figura de Mario Ojeda, de Tilda, de la familia, de una manera más propia, más vívida, más recordada constantemente. No sé cuántas veces, pero me consta que fueron muchas en las que Mario Ojeda postergó proyectos que tenía, que deseaba realizar. Los postergó para cumplir deberes respecto a la institución en la que estamos, que tanto le debe, al igual que los que estamos aquí tanto le debemos a él, a su labor. Y también me consta que perseveró y los cumplió. Uno de ellos es precisamente las *Memorias*, un libro que no quiso que se publicara, sino publicarlo

\* Es profesor-investigador en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Fue presidente de la institución en el periodo 1995-2005.

\*\* Palabras pronunciadas en la ceremonia en homenaje a Mario Ojeda Gómez, el 8 de noviembre de 2023, en el Auditorio Alfonso Reyes de El Colegio de México.



Andrés Lira: “Mario Ojeda legó mucho y legó generosamente su experiencia”.

él. Es una edición de autor, no quiso distribuirlo comercialmente ni de manera pública; lo distribuyó personalmente, obsequiándolo; yo fui uno de los afortunados, con una afectuosa dedicatoria. Esto nos pinta al hombre que persevera y cumple con lo que se ha propuesto. Y las *Memorias* fue uno de esos propósitos.

Recordamos constantemente la figura de Mario, temprano, caminando por los pasillos; llegaba hasta la sala de profesores para pedir un café exprés y un vaso de agua mineral y se iba a beberlos a su cubículo, donde estaba haciendo los proyectos, las cosas que estaba escribiendo, el curso que dio después de que regresaron de Francia, y las *Memorias* a las que les dedicó muchísimo tiempo.



Don Mario Ojeda, en 1995, durante la ceremonia de toma de posesión de Andrés Lira como su sucesor en la presidencia de El Colegio de México (foto: Archivo Histórico de El Colegio de México).

Siempre el hombre con la sonrisa, con la vivacidad, con la ironía bien intencionada con la que se dirigía a las personas. Nos quedábamos muy contentos después del brevísimo momento en el que Mario tomaba su café, su agua mineral y se iba a seguir trabajando en sus cosas, principalmente, un buen tiempo, en las *Memorias*.

Cuenta muchas de esas postergaciones en esas remembranzas; por ejemplo, cuando estaba en Harvard, haciendo los estudios, por cuenta de El Colegio, para incorporarse como profesor (ya estaba contratado como profesor, pero estaba como becario en Harvard); entonces, dos años antes de concluir esos estudios, fue llamado para hacerse cargo de la dirección del Centro de Estudios Internacionales (CEI), para suceder al primer director, que fue don Francisco Cuevas Cansino.

Mario era un profesor muy joven; lo conocí en 1964, cuando entré a El Colegio; era profesor del Centro. Ésa es una de las tantas anécdotas que cuenta en las *Memorias*, porque es exacto en los propósitos que tenía y que interrumpió en su realización, pero también cuenta cómo los recuperó. Eso es lo importante, y las *Memorias*, como les

digo, son la constatación de esa firmeza y constancia en sus propósitos.

Voy a contar una anécdota que no aparece ahí. En 1985, el 20 de septiembre, justo al otro día del gran sismo, vine a ver a Mario Ojeda, quien tomaba posesión del cargo de presidente de El Colegio de México; lo habían traído rápidamente de España, donde estaba trabajando, en Madrid, en sus investigaciones, y vino para hacerse cargo, durante dos periodos de cinco años, de la presidencia de El Colegio de México. Ahí interrumpió una de las investigaciones que después continuaría.

Diez años después, en 1995, la ceremonia en la que me entregó la responsabilidad de la presidencia de El Colegio la presidió el presidente Ernesto Zedillo, con el cual Mario tenía un trato muy familiar, pues una tía del presidente era compañera de trabajo y muy amiga de Tilda, la esposa de Mario; entonces había un trato de gran confianza y salimos a despedir al presidente hasta el vehículo que lo había traído.

Ya yendo a incorporarnos al festejo, Mario me dijo: ¿qué cree, Andrés?, el presidente me ha pedido, lo cual es imposible de no conceder, que

me haga cargo de la representación de México en la UNESCO en París. Mario y Tilda habían preparado el momento del retiro, porque se habían mudado de casa, habían reparado una buena casa al norte de la colonia Del Valle (antes vivían en el extremo sur, en la calle de Búfalo), que acondicionaron a su gusto con la intención de disfrutar de la libertad que iba a tener Mario después de haber desempeñado varios cargos trabajosos, algunas veces molestos, al frente de responsabilidades en El Colegio de México.

Pues, no. Tuvieron que aplazar el estreno formal de la casa (porque ya vivían ahí cuando se fueron); todavía estaban haciendo algunas reparaciones, algunos acondicionamientos. Estuvieron unos años en París, no sé cuánto tiempo, pero lo cierto es que después disfrutaron su casa. La disfrutaron y ésa era la intención que tenían; hay fotografías, hay muchas evidencias de la forma de gozar de lo que planeaban y cumplían Mario y Tilda.

Mario se hizo cargo de la presidencia de El Colegio de 1985 a 1995, cuando me tocó hacerme cargo a mí. Fue muy generoso en su relación como expresidente con este expresidente. Nunca tuve una discusión con él ni un desacuerdo; seguramente algunas cosas no le parecían, pero tenía esa enorme prudencia y esa capacidad de conversar.

¿Por qué digo que cumplió con todos sus propósitos? Las *Memorias* comienzan siendo precisamente eso. Dice: “He escrito estas *Memorias* —voy a parafrasearlo, no voy a leer— no porque me crea un gran hombre que deba dejar constancia de mis actos, sino para aclarar paradas, como dicen en el norte. Es decir, para aclarar el pasado; dar cuenta del pasado es rendir cuentas.”

Eso es lo que Mario quería hacer y lo logró. Cuando uno lee sus *Memorias*, se da cuenta de cómo va narrando hechos gratisimos; la mayoría de ellos son muy constructivos, pero unos se construyen con mucho trabajo y otros con mucha espontaneidad y gusto. Da cuenta de su enamoramiento, de su familia, de situaciones muy gratas, pero también de situaciones difíciles, y de esos momentos en los que le frustran el trabajo en el que ya había tomado vuelo, pero también da cuenta de cómo lo realizó. Al final, tiene una suerte de inventario de sus es-



En 1967, en San Miguel Regla, Hidalgo, Mario Ojeda (a la derecha) acompaña a Víctor Urquidi en una reunión académica organizada por los alumnos del Centro de Estudios Internacionales de la generación 1964 (foto tomada del libro *Memorias*, de Mario Ojeda).

critos, de sus publicaciones, de sus cursos —tiene dos cursos en los que él escribe los programas—, y también de los problemas que tuvo que resolver, que tuvo que enfrentar.

En los puestos en los que hay autoridad, a veces es muy difícil el trato posterior con los amigos, porque éstos a veces se sienten con mucho derecho a no cumplir ciertas cosas, y Mario Ojeda tuvo que tomar medidas, pidiendo algunas renunciaciones. Tuvo que enfrentar situaciones muy difíciles, de huelgas.

Por ejemplo, El Colegio durante un tiempo fue utilizado como caja de resonancia muy importante en los movimientos de negociación de contratos colectivos, de ajustes de salarios en otras instituciones académicas; allá se enfrentaban con otro tipo de sindicatos; aquí se fundó el sindicato en la huelga de 1980. Ésa es una situación que Mario trató con mucho cuidado; siendo entonces secretario general de El Colegio, visitó a distintos profesores, a aquellos que eran más conflictivos, a veces acompañado de Tilda. Recuerdo que una vez que regresaba a la casa, me estaban esperando Tilda y Mario; no sé si me consideraban un profesor muy colérico y pensaron que me iba a poner muy bravo en la siguiente reunión del sindicato. No había ese



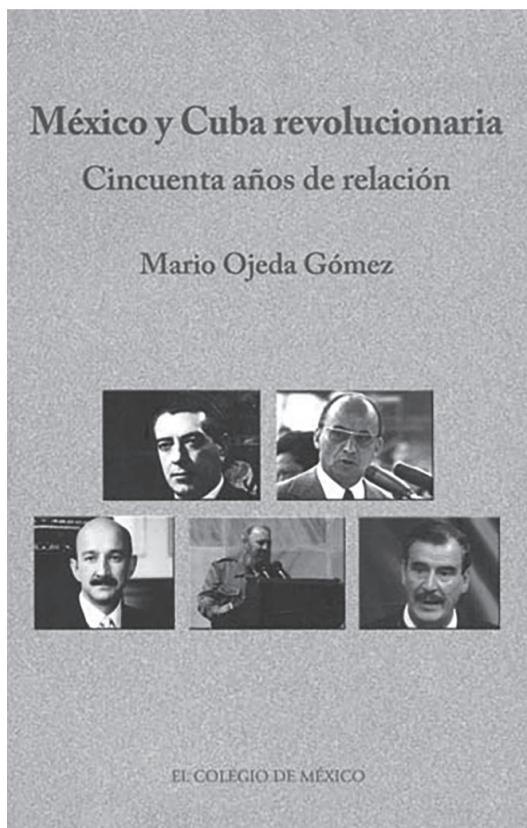
Andrés Lira, durante su participación en el homenaje a Mario Ojeda, el 8 de noviembre de 2023.

problema. Pero Mario cuidaba esas cosas, hacía la labor de zurcido invisible que hay que hacer en las instituciones. Eso lo supo hacer muy bien él.

Pero, ciertamente, a Mario le tocó un periodo muy difícil. Después de calmar los ánimos, cuando él ya se hace cargo de la presidencia en 1985, el país está en un periodo de un bajísimo crecimiento económico, prácticamente nulo, 0.8% de crecimiento económico, una situación que se sintió mucho en todos los lugares, y le tocó, andando el tiempo, eso que se llamó la reforma moral que se propuso hacer el presidente Miguel de la Madrid con apoyo de algún joven profesor de El Colegio de México, que era un asesor jurídico, Samuel del Villar. Pero esto terminó resultando en una burocratización creciente en la organización de las instituciones académicas como consecuencia de la famosa Ley de Instituciones Paraestatales.

Esa ley se anunció a las instituciones académicas en esta sala. Aquí se convocó a los directores de distintas instituciones. El entonces encargado de ese asunto, el veracruzano Jorge Moreno Collado, vino a anunciar esa ley y yo subí a ver a Mario Ojeda —él no había bajado en ese momento; estaba ocupado en otras cosas—. Le dije: Oiga, Mario, esto está terrible porque es una burocratización y una exigencia de informes que no nos vamos a dar abasto. Yo estaba al frente, entonces, de la presidencia de El Colegio de Michoacán y vine convocado por la Secretaría de Educación Pública para ver este ajuste de las instituciones paraestatales.

Mario me dijo: No, mire, Andrés, la autonomía se gana todos los días y hay que estársela ganando. Bueno, sí es cierto, ¿pero con una ley así, que nos hacían presentar cuatro informes al año, un informe trimestral? Cuatro informes al año que ponían a trabajar a toda la administración de El Colegio



en la preparación de los formatos. Eso estaba pensado para Petróleos Mexicanos, para la Nacional Financiera, para instituciones productoras y prestadoras de servicios públicos. Pero el ritmo de las actividades académicas era otro.

Y no tardamos en comparecer los responsables de instituciones para pedir que se aflojara el número de informes porque se perdía una energía que no se empleaba en la organización de actos académicos: Mario Ojeda fue acompañado del entonces secretario general Alfonso Rangel Guerra (un personaje espléndido) y de Jorge Bustamante, a la sazón, presidente de El Colegio de la Frontera Norte, en el que Mario había sido pieza fundamental en la organización, en la fundación de ese Colegio. Ese tipo de experiencias se compartían con Mario con mucho sentido del humor. Hay que ver su presencia frente a los funcionarios, el reconocimiento que tenía y la agilidad con la que él se manejaba.

Le tocó también una escasez de recursos y una situación muy difícil en la que logró organizar el Fondo Patrimonial en Beneficio de El Colegio. Es decir, tener una posibilidad de mantener recursos para la continuidad de los trabajos, dada la dificultad con la que llegaban, y siguen llegando, los presupuestos públicos para las instituciones. Todo esto es una acumulación de experiencias que todos fuimos aprendiendo y viendo palpablemente.

Lo que vemos ahora en las *Memorias* es precisamente el cumplimiento de ese último propósito. Mario tenía el gusto por el recuerdo, por la evocación, por la narración de los momentos gratos que están en las *Memorias*, pero también de situaciones ingratas y difíciles que tuvo que enfrentar en ciertos momentos, y no dar cuenta de ellas en ese momento porque se hubieran empeorado las cosas, es decir, esa prudencia que debe tenerse en los puestos públicos en los que no se vale enojarse frente a determinadas situaciones, o que si se enoja tiene uno que comerse el coraje, la indignación y trabajar las cosas. Eso es lo que Mario procuró, eso es lo que anuncia en el primer párrafo de las *Memorias* y es lo que desarrolla expresamente en la última parte del libro, que se llama "Aclarando el pasado".

No voy a seguir describiendo las *Memorias* porque tengo que ver cómo ajusto mi texto a la experiencia manifiesta en las *Memorias*, y ponerla de la manera adecuada, pero sí les voy a decir que he aprendido cada vez más.

Por último, voy a recordar una experiencia a propósito de las *Memorias*. Hubo una celebración en casa a la que asistió el doctor José Sarukhán, que es biólogo. Mi hijo es biólogo y se llevan muy bien entre ellos. La figura de Sarukhán es muy grata en todos los sentidos. Yo tenía las *Memorias* de Mario y me dijo: oye Andrés, préstamelas porque yo tengo un gran aprecio por Mario y tengo muchos recuerdos de reuniones.

Realmente es un hombre que legó muchísimo y legó generosamente su experiencia; eso es con lo que él contó y que quiso contar para nosotros. 

## *Con don Mario empezó la institucionalización de El Colegio\*\**

A diferencia de varios compañeros y compañeras de esta mesa, yo no conocí a Mario Ojeda como profesor, director o colega del Centro de Estudios Internacionales. Sin embargo, puedo decir que lo conocí bien, y mucho, por diferentes razones y desde diferentes ángulos. Para comenzar, por razones familiares: su hermana Paz Alicia había estado casada con mi tío Salvador, hermano de mi padre, por lo que yo sabía de la existencia de don Mario desde antes de ingresar a El Colegio como alumno del Centro de Estudios Históricos, allá por 1973, o sea, hace 50 años. Lo digo pronto, nunca salió el tema de mi tío en asuntos de El Colegio; acaso, rápidamente, después de comer en el comedor de profesores o cuando íbamos al restaurante Enrique a las comidas con don Mario, a las que asistíamos, entre otros, el inolvidable Pepe Morelos, José Luis Reyna, Palma, Fernando Ruiz, Manuel Ordorica, a quien don Mario le decía “Cachito”, Francisco Gil Villegas, José Luis Árciga y yo.

Mi trato con él en El Colegio se remonta a mis años estudiantiles, cuando él era el secretario general y cumplía la labor de ser, muy seguido, el mandamás de la institución ante los frecuentes viajes de don Víctor. En cambio, sus años como

coordinador académico me quedaron lejos, pues fueron aquéllos en los que hice mi doctorado en Chicago. Mi regreso a El Colegio, en 1991, ya como profesor-investigador, se dio durante su segundo periodo como presidente. Aprovecho esta ocasión para hacer público mi agradecimiento a su invitación para que fuera parte del claustro de El Colegio. En ese momento, Ojeda era el presidente y Rafael Segovia el coordinador académico, por lo que la invitación era para que me incorporara al Centro de Estudios Internacionales (CEI), alegando mis estudios de licenciatura en Ciencia Política, donde había sido alumno de José Luis Reyna, “segundo de a bordo” de don Mario. Pasé un par de años en el CEI, donde tuve el apoyo de la entonces directora Soledad Loaeza. Sin embargo, me beneficié de la comprensión y del apoyo total de Mario Ojeda para reubicarme pronto en el Centro de Estudios Históricos (CEH).

Así, vi la presidencia de don Mario desde la perspectiva de dos Centros, y puedo asegurar que su gestión fue espléndida. Siempre he pensado, como historiador, que El Colegio de México ha tenido los presidentes que exigían los tiempos y sus contextos. Alfonso Reyes fue presidente de un Colegio volcado a las humanidades, Historia y Filología, y de un Colegio con un claustro con una inmensa mayoría de profesores españoles exiliados, quienes habían sido sus amigos durante sus años madrileños, entre 1914 y 1924. Con Cosío Villegas inició la lenta reconversión a un Colegio que también se

\* Es profesor-investigador en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Fue presidente de la institución en el periodo 2005-2015.

\*\* Palabras pronunciadas en la ceremonia en homenaje a Mario Ojeda Gómez, el 8 de noviembre de 2023, en el Auditorio Alfonso Reyes de El Colegio de México.



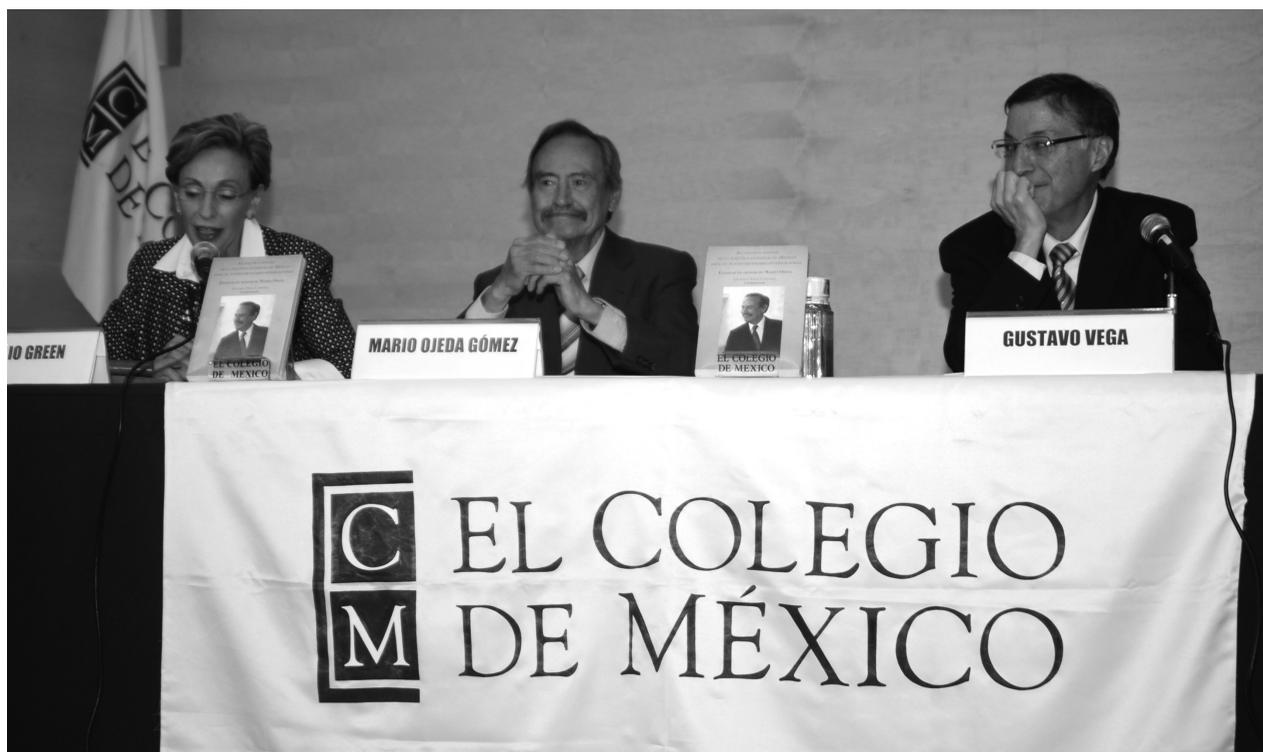
Javier Garciadiego, durante su participación en el homenaje a Mario Ojeda, el 8 de noviembre de 2023.

avocara a las Ciencias Sociales, como lo prueba la creación del Centro de Estudios Internacionales y la salida de varios escritores —como Juan Rulfo o Luis Cernuda— que estaban becados para que escribieran sus obras. Cosío Villegas estaba convencido de que urgía que El Colegio formara los “cuadros” profesionales que necesitaba el país, y que se analizara con el máximo rigor la política interna y la naturaleza de Estados Unidos. Fue precisamente con este propósito que ingresó a El Colegio Mario Ojeda, quien había escrito una tesis pionera sobre migración, y don Daniel lo envió a Harvard a que se hiciera experto en la política de Estados Unidos. Por cierto, con propósitos paralelos ingresaron Rafael Segovia y Roque González Salazar (con quienes Mario Ojeda haría una gran amistad), uno para que se especializara en la Europa occidental y el otro en la Unión Soviética.

Luego de haber sido secretario de El Colegio durante casi 20 años, la presidencia de Cosío Villegas duró poco, pues prefirió coordinar y escri-

bir la *Historia moderna de México*. Entonces llegó Silvio Zavala, quien le dio “otra vuelta a la tuerca”, creando el hoy Centro de Estudios de Asia y África. Además de los grandes conflictos en el Medio Oriente y el Sudeste Asiático, con el proceso de descolonización de Asia y África, después de la Segunda Guerra Mundial surgieron nuevos países procedentes de antiquísimas civilizaciones, como India e Israel. El objetivo de Zavala fue que El Colegio tuviera una perspectiva mundial, atisbando, desde nuestro país, todavía subdesarrollado, las dos terceras partes de la geografía y de la población del mundo.

Después de la también breve presidencia de Zavala —un par de años—, llegó Víctor Urquidí a comienzos de la segunda mitad de la complicadísima década de los años sesenta. Con don Víctor, El Colegio pasó a ser una institución en la que las ciencias sociales rebasaron a las humanidades, además de estar comprometida con la resolución de los principales problemas del país. Fueron los



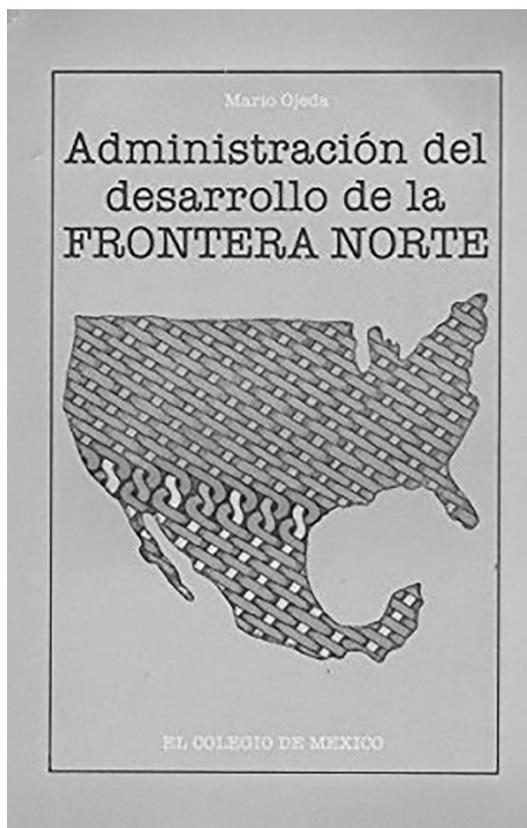
Mario Ojeda, durante la presentación del libro *Alcances y límites de la política exterior de México ante el nuevo escenario internacional. Ensayos en honor de Mario Ojeda*, el 11 de marzo de 2010. Lo acompañan la diplomática y académica Rosario Green, egresada de El Colegio de México, y el profesor-investigador de nuestra institución, Gustavo Vega (foto: Archivo Histórico de El Colegio de México).

años del nacimiento y consolidación del Centro de Estudios Económicos, del Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales y del Centro de Estudios Sociales, así como de varios programas —el Procientec, el de Energéticos, el de Asuntos Ambientales y el PIEM, diseñados para atender problemas concretos y urgentes del país. Pero también fueron años de problemas internos, los tiempos de la huelga (1980), que escindieron a la comunidad. Fue aquí cuando empezó a crecer la figura de Mario Ojeda, a convertirse en insustituible, en tanto que él traería la solución, no a la huelga, sino al problema de fondo, que era la división existente en el interior de la comunidad.

En efecto, don Víctor y su secretario general, Carlos Arriola, mantuvieron una actitud inflexible durante la huelga, mientras que don Mario fue el puente de acercamiento entre los distanciados, el portavoz del diálogo negociador entre tantas voces airadas y descalificadoras. Dado que la Secre-

taría del Trabajo concluyó que la huelga no tenía motivos laborales, trasladó el conflicto a las secretarías de Educación y de Gobernación. También en esto brillaron las enormes capacidades políticas de Mario Ojeda, explicando a la primera la naturaleza del problema y convenciendo a la segunda de que tuvieran paciencia, pues la única solución del problema tendría que ser interna. Por cierto, el acercamiento con la Secretaría de Gobernación se hizo a través de un subsecretario paisano suyo, de quien el escritor Germán Dehesa dijo que su peinado era la mejor expresión “del barroco mexicano” después de la iglesia de Santa Prisca de Taxco.

Sin duda su capacidad de negociación política, interna y externa, junto con su gran calidad académica y su incomparable experiencia institucional, fueron las razones que lo llevaron a la presidencia de El Colegio, en 1985. Antes dije que éste siempre ha tenido al frente a colegas especialmente atentos y eficaces para enfrentar los mayores problemas de la



institución en dichos momentos. ¿Cuáles fueron las circunstancias y el contexto de El Colegio por aquellos años? ¿Cuáles fueron las virtudes de don Mario como presidente?

Para comenzar, don Mario sabía que, si bien la huelga como tal era un problema ya pasado, la división de la comunidad todavía era claramente perceptible, por lo que con gran habilidad, y sensibilidad se dedicó a “suturar heridas” —el término es de Pancho Zapata—, a restañar divisiones. La suya fue una auténtica labor de cirujano. Pero los cirujanos tienen que tomar decisiones duras, severas. No se les puede confundir con los enfermeros: unos usan el bisturí; los otros aplican algodones y pomadas. Así, don Mario tomó varias decisiones duras en defensa de la institución. Menciono una, brevemente, para que quede como ejemplo de su gran gestión. Sucedió que la distribuidora privada de libros Harla por alguna maniobra extraña comenzó a vender en exclusiva, y para su beneficio, la *Historia general de México*, por lo que tuvo que hacerse un largo litigio para que El Colegio recu-

perara los derechos comerciales de nuestro mayor o único *best seller*.

Don Mario solía decir que durante esos años —incluidos los de don Víctor—, y como lo probaban la huelga y otros conflictos no mencionados, El Colegio había dejado de ser una gran familia y se había convertido en una pequeña institución. Por lo tanto, requería de normas claras para su mejor funcionamiento y para ordenar su cada vez más compleja estructura, basada en siete Centros y cuatro Programas. Desde la presidencia se redactó nuestro Estatuto Orgánico que sustituyó a un simple Reglamento General. A partir de entonces quedó reglamentada la estructura de la institución, así como la forma en la que se nombrarían sus autoridades y la duración de sus mandatos. Seguramente, por la experiencia de don Víctor, que estuvo a punto de cumplir 20 años en la presidencia con don Mario, se dispuso que ésta sería electa por la Junta de Gobierno, después de un proceso abierto de auscultación, por un periodo de cinco años renovable sólo por otro periodo de igual duración. Lo mismo se estableció para las direcciones de los Centros, aunque con periodos más cortos, pero lo relevante era que dichas direcciones fueran electas por la Junta y no designadas por la presidencia. La gran importancia de estos cambios no necesita ser enaltecida: con don Mario empezó la institucionalización de El Colegio.

Continuando con asuntos de la estructura de El Colegio, pero ahora centrándome en asuntos académicos, subrayo que durante la presidencia de don Mario se inició la elaboración del Estatuto del Personal Académico, en 1988, con la participación de varios colegas, lo que facilitaría y clarificaría los procesos mediante los cuales haríamos nuestra “carrera” académica, cambio mayúsculo que debemos a don Mario.

Consciente de los problemas que generaban los Programas, en los que los directores incorporaban al personal académico a título personal y en los que dicho personal académico ni tenía que ejercer docencia ni tenía que responsabilizarse de la revista respectiva, pues no las había, don Mario eliminó un par de ellos y el de Ambientales terminó por integrarse al Centro de Estudios Demográ-



Mario Ojeda, embajador de México ante la UNESCO, en sesión del Consejo de esta institución, en la segunda mitad de los años noventa (foto tomada del libro *Memorias*, de Mario Ojeda).

ficos, Urbanos y Ambientales, para tener así una existencia más plena. Por cierto, esta tendencia ha continuado en las siguientes tres presidencias, lo que prueba su pertinencia, buscándose una estructura menos abigarrada, con base en Centros, con las mismas relaciones laborales y las mismas reglas y responsabilidades académicas para todos. Asimismo, don Mario fue el gran impulsor, allá por 1982, junto con su amigo Rafael Segovia y con el apoyo de colegas como Maricarmen Pardo y Luis Aguilar, de la licenciatura en Administración Pública, fundamental para la formación de “cuadros” profesionales para el Estado mexicano. En este sentido, también fue muy benéfico su apoyo al proyecto de descentralización de El Colegio, con la creación de instituciones similares en varias entidades de la República. Su involucramiento fue

más decidido con El Colegio de la Frontera Norte, con su amigo Jorge Bustamante, pues conocía el tema migratorio desde sus años universitarios.

Mario Ojeda asumió la presidencia de El Colegio el 20 de septiembre de 1985, al día siguiente del temblor, por lo que los recortes presupuestales afectaron su gestión desde que ésta comenzó. El Colegio sobrevivió gracias a las buenas relaciones que don Mario estableció a lo largo de su gestión con el presidente Salinas y con el secretario de Educación —luego también presidente— Ernesto Zedillo. Asimismo, creó el Fondo Patrimonial, cuyo apoyo ayudó a enfrentar problemas financieros recurrentes, graves e inmediatos. Gracias al buen clima humano y laboral que reinó en El Colegio durante su mandato, y a los recursos extraordinarios conseguidos, nuestra institución no cayó en esa espiral huelguística que padecieron durante los años ochenta y noventa un buen número de instituciones de educación superior. Nunca acabaremos de celebrar lo buen presidente que fue.

Concluyo: en lo personal, nunca terminaré de agradecerle lo provechoso que fue su sabio consejo y su siempre cordialísimo trato para conmigo. En efecto, siendo director del Centro de Estudios Históricos, y luego como presidente de la institución, solía comer en el comedor de profesores en la mesa del cacique —la de Manuel Gollás, pues los científicos sociales sabemos distinguir presidente de cacique—. Don Mario la frecuentaba, y con discreción y gracia, sobre todo a través de su ejemplo, me brindó el mayor de los consejos, que todo parece indicar que no supe aprovechar debidamente: mano firme, pero no dura, y voz sabia nunca altisonante, y ligereza y humor para mandar mejor. Lo repito: que gran presidente; que gran “colmea” y que gran ser humano fue don Mario Ojeda.

## Conversaciones con don Mario y con el profesor Ojeda\*\*

Buenas tardes a todas y todos. Agradezco a la doctora Silvia Giorguli por invitarme a pronunciar unas palabras en este homenaje al profesor Mario Ojeda, don Mario, a diez años de su fallecimiento. Agradezco también a Alberto Palma por la organización de este acto conmemorativo. Desde luego, me da un gran gusto compartir esta mesa con Paloma, hija del profesor Ojeda, y con mis colegas Ana Covarrubias, Andrés Lira, Javier Garcia-diego y Celia Toro.

Estoy aquí en mi calidad de director del Centro de Estudios Internacionales, centro sobre el cual Mario Ojeda dejó una marca profunda. Llegué a El Colegio de México en 1996, un año después del fin del segundo mandato del profesor Ojeda como presidente de nuestra institución. En ese momento, él vivía en París, con el cargo de representante permanente de México ante la UNESCO, funciones que desempeñó hasta 1998. Desde luego, en esos años mantuvo una relación cercana con El Colegio, siendo nombrado profesor emérito en 1997, si no falla mi memoria.

Como todas y todos los miembros del Centro de Estudios Internacionales (CEI), de la comunidad de nuestra institución y del mundo académico

mexicano, conocía la trayectoria de Mario Ojeda y su aportación a El Colegio y al Centro. En el fondo, conocía a dos personas que eran la misma, don Mario y el profesor Ojeda.

Conocía a don Mario, un hombre que creía en las instituciones y que había sido tempranamente el segundo director de un centro recién creado, el CEI, y, luego, secretario general, coordinador general académico y presidente de El Colegio de México. En el desempeño de todas esas funciones, no sólo coadyuvó a trazar la vía del desarrollo académico del CEI en su doble vocación de centro de investigación y de docencia —esas actividades están muy bien documentadas bajo la pluma del profesor Ojeda en el libro conmemorativo de los 50 años del CEI—, sino que, en la década de los años ochenta del siglo pasado, contribuyó fundamentalmente a asegurar el fortalecimiento de El Colegio como institución en circunstancias adversas por razones de carácter tanto interno como externo.

Conocía también al profesor Ojeda —algunos colegas, cuando lo recuerdan, le siguen diciendo el profe Ojeda—. Era el autor de un libro cuya lectura me marcó en mis primeros años en México, *Alcances y límites de la política exterior de México*. Me impresionó por su contenido —aprendí mucho de su lectura; era un mundo nuevo para mí—, pero también porque se inscribía claramente en la corriente realista en el campo de las relaciones internacionales. Se apreciaba allí la influencia de su maestro, el internacionalista Hans Morgenthau.

\* Es profesor-investigador en el Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México.

\*\* Palabras pronunciadas en la ceremonia en homenaje a Mario Ojeda Gómez, el 8 de noviembre de 2023, en el Auditorio Alfonso Reyes de El Colegio de México.



A mediados del siglo pasado, un joven Mario Ojeda recibe el diploma que lo acredita como miembro de la generación fundadora de la Escuela de Ciencias Políticas de la Universidad Nacional Autónoma de México (foto tomada del libro *Memorias*, de Mario Ojeda).

Para resumir esa corriente en pocas palabras, el sistema internacional está compuesto por estados que, al interactuar entre ellos, buscan maximizar su poder. Y, en este caso, México y América Latina tenían que lidiar con el poder de una potencia recién consolidada, Estados Unidos. De ahí las nociones de alcances y, sobre todo, límites.

Nunca fui alumno del profesor Ojeda. Sin embargo, lo que más me llamó la atención fue constatar hasta qué punto él había logrado crear una escuela de pensamiento entre los estudiantes del CEI. Es algo que pude constatar entre mis compañeros de estudios en París, egresados del CEI, hace ya varias décadas, y esa constatación se fue reiterando en la medida en que conocía a nuevas generaciones de egresados de la Licenciatura en Relaciones Internacionales, la mayoría de ellas y ellos fervientes defensores del enfoque realista en el estudio de las relaciones internacionales. Y para decir la ver-

dad, algo que era para mí un objeto de interrogación hace algunos años me sigue impresionando a la fecha. Corresponde realmente a lo que podemos llamar “crear escuela”.

Don Mario y el profesor Ojeda. Aquí termino mi muy breve muestra de reconocimiento en calidad de director del CEI. Otros lo harán mejor que yo. Y le voy a dar la palabra a Jean-François Prud’homme.

El profesor Ojeda era un hombre que tenía una gran capacidad de entrar en relación con otras personas. Manifestaba una gran sensibilidad a su entorno y tenía un sentido agudo de observación de las situaciones de la vida cotidiana. Y sabía transformar sus vivencias en temas de interés académico. Muchos de sus intereses científicos eran el producto de reflexiones que tuvieron origen en sus muy variadas experiencias de vida.

Todas y todos los que lo conocimos sabemos que manejaba con gran dominio el arte de la conversa-



ción. Era un placer conversar con él. Cuando supo que yo había nacido y crecido en Canadá, empezó a hablarme frecuentemente de su estancia de casi dos años en la ciudad de Toronto. Era a finales de los años cuarenta del siglo pasado, en la inmediata posguerra. Él tenía 20 años. Había ido a estudiar a una escuela de comercio, creo; quería perfeccionar su inglés y terminó viviendo una doble vida de estudiante y trabajador migrante. Mientras estudiaba inglés, trabajó de lavaplatos, mesero y, al final de su estancia, de cocinero en un restaurante con personas venidas de otras partes del mundo. Todo ello me lo contaba con una aguda capacidad de observación y comprensión de la sociedad canadiense de la época y de la situación de los inmigrantes que llegaban a un nuevo país.

Al final de su estancia en Canadá, compró un coche y se regresó a México con unos amigos por la vía terrestre siguiendo el río Misisipi, una experiencia que no deja de recordar la que cuenta la novela

*On the road* (*En el camino*) del escritor de la *Beat Generation*, Jack Kerouac. Bueno, en lugar de viajar del Este al Oeste, don Mario Ojeda viajó de Norte a Sur. Y claro, sin que él fuera novelista, era fascinante escuchar sus observaciones y análisis sobre la sociedad norteamericana de la época, marcada por grandes diferencias entre el Norte y el Sur.

Desde luego, no fue la única vivencia personal en América del Norte del profesor Ojeda que terminó reflejándose en sus escritos académicos. Antes de su viaje a Canadá, había pasado una temporada con familiares en Tamaulipas y había entrado en contacto con la vida fronteriza, algo que, me imagino, terminó influyendo en la elección de su tema de tesis de licenciatura, sobre trabajadores migrantes mexicanos —braceros— en Texas. Y después, en su vida profesional académica, con varias estancias en universidades americanas, él tuvo muchas oportunidades de poner en práctica el exhorto de don Daniel Cosío Villegas acerca de “la necesidad de estudiar a



Jean-François Prud'homme, durante su participación en el homenaje a Mario Ojeda, el 8 de noviembre de 2023.

Estados Unidos”. Es algo que está muy presente en el libro clásico del profesor Ojeda que mencioné al principio de mi intervención, *Alcances y límites de la política exterior de México*, y explica su apoyo irrestricto, después, al proyecto de creación de El Colegio de la Frontera Norte.

Finalizo esta breve evocación de mis conversaciones con el profesor Ojeda, don Mario, mencionando que, en nuestras últimas pláticas, me hablaba de sus visitas recientes a Toronto por razones familiares y, con orgullo, de sus nietas que iban a

emprender estudios universitarios en Ontario. Me lo decía con orgullo, y, sobre todo, con una convicción de que hay experiencias que se transmiten (¿repiten?) entre generaciones y que supongo que cierran ciclos biográficos.

Hace algunos años, hice un viaje en coche de regreso a México desde el norte de Ontario. Muchas veces en el trayecto a lo largo del río Misisipi, pensé en el relato que me había hecho don Mario del periplo que él había emprendido hacía 60 años. Le envió mis saludos, profesor Ojeda. 

## *Dedicación a la educación, amor por la diversidad y compromiso con la naturaleza\**

Hoy, en este emotivo encuentro, quiero expresar mi sincero agradecimiento a todos los presentes y a los distinguidos miembros del presidium por acompañarnos en este homenaje a la memoria de mi padre, Mario Ojeda Gómez, en el décimo aniversario de su partida. En nombre de mis hermanos Lina, Mario, Diana y el mío propio, quiero extender un agradecimiento especial a la doctora Silvia Giorguli, presidenta de El Colegio de México, a los expresidentes doctores Andrés Lira y Javier Garciadiego, al doctor Jean-François Prud'homme, director del Centro de Estudios Internacionales, así como a las destacadas profesoras de esta prestigiosa institución, Celia Toro y Ana Covarrubias, que comparten conmigo esta mesa. Su presencia y participación en este acto nos conmueven profundamente.

La contribución de Mario Ojeda a El Colegio de México se extendió por más de cincuenta años. Su amor y dedicación hacia esta institución eran tan vastos que solíamos bromear sobre cómo El Colegio de México era su quinto hijo, además de ser el preferido. Y es que su compromiso constante con el desarrollo y los proyectos de El Colegio, su colaboración académica y su amistad entrañable con colegas y discípulos, muchos de los cuales tuvimos el privilegio de conocer, fueron determinantes en

\* Palabras pronunciadas en la ceremonia en homenaje a Mario Ojeda Gómez, el 8 de noviembre de 2023, en el Auditorio Alfonso Reyes de El Colegio de México.



Paloma Ojeda: “Mi padre, inspiración para seguir explorando, aprendiendo y comprometiéndonos con el mundo que nos rodea”.

nuestra formación. Crecimos, de alguna manera, hermanados a su gente y a esta institución, a la que le profesamos un afecto especial.

Quisiera aprovechar este homenaje, si me permiten —y ya que estas fechas se reservan en México a fin de recordar a nuestros muertos—, para en mi intervención rememorar algunas de las enseñanzas y de los buenos momentos que nos dejó mi padre a mis hermanos y a mí, en los que espero que puedan ustedes reconocer al profesor Ojeda en su aspecto más humano.



En diciembre de 2005, Mario Ojeda (sentado, segundo de izquierda a derecha) comparte un convivio con los profesores del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México (foto tomada del libro *Memorias*, de Mario Ojeda).

La dedicación plena fue una virtud innegable en la vida de mi padre, evidente desde el inicio de sus relaciones, especialmente con su compañera de vida, Tilda Revah. Más allá de ser su pareja, mi madre fue su confidente, amante y cómplice, a quien dedicó una devoción especial hasta sus últimos días. Esta entrega profunda, que abarcaba un apoyo incondicional en los momentos buenos y difíciles, también se reflejó de manera destacada en su vínculo con sus hijos, familia, amigos y colegas.

La decisión de mi padre de explorar el mundo a los 19 años, en sentido literal y después también como objeto de estudio, marcó el inicio de una fascinante aventura que se prolongó toda su vida. Gracias a este espíritu viajero, pasamos todas las vacaciones recorriendo cada rincón de la República Mexicana. Durante esas largas travesías en automóvil, mi padre, con una vocación de educador desde joven, nos instruía en la identificación de los paisajes, cambiando el enfoque, a medida que nos aproximábamos a las zonas urbanas, hacia la historia, la gastronomía, las costumbres y las personalidades locales.

La música desempeñaba un papel central en sus relatos. Siempre tenía una canción dedicada a cada región o ciudad por la que transitábamos. Su repertorio melódico era vasto, y en caso de no encontrar una canción adecuada para la ocasión, no dudaba en inventarla. La música, para él, no era sólo un acompañamiento, sino una expresión vital que servía para destacar efemérides familiares y expresar de manera vívida nuestros estados de ánimo.

Bailarín consumado, heredó el ritmo veracruzano y compartía su destreza tanto en pareja como en lo que él y sus hermanas llamaban el “bailasolo”. Intentó en vano enseñarnos a bailar pasodoble, danzones al estilo cubano, zapatear sones jarochos e, incluso, la zandunga, para lo cual nos colocaba cántaros de barro sobre la cabeza.

De su tierra veracruzana, nuestro padre adquirió la amabilidad y la destreza para ser un excelente conversador, y también una versatilidad única. Podía entablar charlas cómodamente tanto con sus nietos pequeños como con los pescadores de Sontecomapan, con sus colegas, con secretarios de Estado o con representantes de otros paí-

ses ante la UNESCO. Su agudo sentido del humor, inteligente y gracioso, emanaba también de estas raíces, siendo él mismo el blanco recurrente de sus ingeniosas bromas sarcásticas.

También era un amante apasionado de la naturaleza. Desde acampar en sitios vírgenes que hoy conocemos como Cancún e Ixtapa hasta pernoctar en la selva de Palenque entre monos aulladores, su espíritu aventurero nos llevó a experiencias únicas, como dormir en una playa del Pacífico frente a un mar nocturno engalanado de bioluminiscencia o despertar en otra playa, mucho más al norte, en el país vecino en el Atlántico, con el galopar de manadas de caballos salvajes. Desafiando carreteras de terracería convertidas en lodazales y picaduras de alacranes, encendiendo fogatas y explorando la sierra, compartía su profundo respeto y amor por la naturaleza, enseñándonos no sólo a disfrutarla, sino también a sobrevivir en ella.

En estos viajes y con sus animadas charlas, mi padre nos transmitía la idea de que México era una multiplicidad de Méxicos, una nación rica en diversidad, y que, para abordar sus desafíos, era necesario reconocer primero su complejidad. Su enfoque pragmático y su comprensión de que la solución a los problemas requería negociación y compromiso de múltiples partes dejaron una impronta en nuestra forma de ver el mundo.

Las estancias en el extranjero que tuvimos la fortuna de compartir con él representaban la oportunidad de vivir nuevas experiencias y de conocer sociedades con costumbres diferentes. Mi padre consideraba que sumergirse en un entorno desconocido nos incitaba a reflexionar sobre nuestra perspectiva personal y, al mismo tiempo, a contemplar nuestra nación desde un ángulo diferente. Este cambio de contexto, decía, no sólo enriquecía nuestras vidas con nuevas vivencias, sino que también promovía un pensamiento más amplio y una comprensión más profunda tanto de nosotros mismos como de la complejidad de nuestra propia cultura y sociedad.

Quisiera concluir resaltando la profunda huella que mi padre dejó en cada uno de nosotros. Su dedicación a la educación, su amor por la diversidad y su compromiso con la naturaleza son valores que



En 1992, Mario Ojeda devela la placa con la que el Centro Republicano Español de México agradece a El Colegio de México y a su antecesora, La Casa de España, el apoyo brindado a los refugiados españoles (foto: Archivo Histórico de El Colegio de México).

llevamos en nuestro corazón. Quiero recordar su legado como un homenaje, y también como una inspiración para seguir explorando, aprendiendo y comprometiéndonos con el mundo que nos rodea. Que su espíritu aventurero y su pasión por la vida nos guíen siempre en nuestro propio viaje. 

## Recordando a Mario Ojeda, a 10 años de su muerte\*\*

¿Cómo olvidar a Mario Ojeda? Recordándolo en estos días, caigo en la cuenta de lo valiosa que ha sido para mí su compañía; me refiero a la compañía de sus escritos y de sus clases, que llevo conmigo hasta el día de hoy.

Creo que mi curso “Teorías de Relaciones Internacionales” estuvo de alguna manera inspirado en el suyo, su famosa “Introducción a las Relaciones Internacionales”. Era un curso en el que combinaba las lecturas que había hecho en Harvard con textos y discusiones en boga en torno a temas fundamentales de la política internacional. Como muchos de ustedes saben, en 1960, Daniel Cosío Villegas ofreció a Mario Ojeda una de esas extraordinarias becas de la Fundación Rockefeller para que fuera dos años a Harvard, a especializarse en el estudio de Estados Unidos. Ahí tomó cursos con Hans Morgenthau (Principles of International Politics), con Henry Kissinger (History of American Foreign Relations since 1898), con Karl Deutsch, con John Herz, es decir, con grandes internacionalistas a los que seguimos leyendo (muchos de ellos, por cierto, judíos alemanes emigrados a Estados Unidos).

\* Es profesora-investigadora en el Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México.

\*\* Palabras pronunciadas en la ceremonia en homenaje a Mario Ojeda Gómez, el 8 de noviembre de 2023, en el Auditorio Alfonso Reyes de El Colegio de México.



Celia Toro, durante su participación en el homenaje a Mario Ojeda, el 8 de noviembre de 2023.

Así, el curso que yo tomé y el que después pude ver a cierta distancia, como su asistente en el segundo semestre de 1987, sugería la lectura de siete capítulos de *Politics among Nations* e incluía, además, como libro de texto, el *International Relations. The World Community in Transition* de Palmer y Perkins. Los temas y autores del momento eran la carrera armamentista y las armas nucleares, el imperialismo y la dependencia, cuya comprensión requería la lectura de Herz (quien acuñara el con-



En enero de 1988, los reyes de España visitaron El Colegio de México para conmemorar el quincuagésimo aniversario de la fundación de la Casa de España, precursora de El Colegio de México. De pie, de izquierda a derecha, Mario Ojeda, Álvaro Quijano y Tilda Revah (foto tomada del libro *Memorias*, de Mario Ojeda).

cepto de “la paradoja de la seguridad”), de Lenin, de Magdoff y de Jaguaribe. Era una forma distinta de enseñar relaciones internacionales en México, una disciplina dominada hasta entonces por historiadores y juristas.

Ojeda también me sigue acompañando cuando escribo. Pertenezco en dos sentidos a la “escuela” ojediana de análisis de las relaciones internacionales y de la política exterior: estudio, como él, las relaciones de México con Estados Unidos, el tema principal, al final de cuentas, de su libro *Alcances y límites de la política exterior de México*; y me aproximé a ese estudio desde la perspectiva de las restricciones que nos impone el lugar que ocupamos en el mundo y la jerarquía de poder que caracteriza las relaciones entre estos dos países. Es la influencia de Ojeda, pero también mi convicción. Tenemos que situarnos siempre en lo que el profesor llamaba “el marco de realidad”, dentro del cual definiremos los intereses nacionales y estableceremos nuestro margen de maniobra a partir de una correcta eva-

luación de los fundamentos económicos y políticos sobre los que descansará nuestra capacidad de negociación.

A su regreso de Harvard, Mario Ojeda quedó “como responsable del área de las relaciones con Estados Unidos” e impulsó la especialización en el estudio de este tema, con su propio trabajo (piénsese en su tesis de licenciatura “La protección de los trabajadores emigrantes”) y con su decidido apoyo al seguimiento sistemático de temas estadounidenses mediante la creación de un programa de estudios sobre Estados Unidos, cuyo financiamiento solicitó Olga Pellicer en 1979 al entonces secretario de Educación, Fernando Solana, y que empezó con la organización de un Centro de Documentación de las Relaciones México-Estados Unidos. Lo dirigió, durante muchos años, Marie-Claire Fischer, quien publicaba una bibliografía anual de las relaciones México-Estados Unidos (la primera, en 1982).

También en ese año se publicó el primero de ocho volúmenes que analizaban anualmente la



El 3 de octubre de 1990, el presidente chileno Patricio Aylwin participó en una ceremonia en la que agradeció a El Colegio de México la acogida brindada a intelectuales chilenos refugiados en nuestro país tras el golpe militar de 1973. A su derecha, José Luis Reyna y a su izquierda Mario Ojeda, secretario general y presidente de nuestra institución, respectivamente (foto: Archivo Histórico de El Colegio de México).

relación entre estos dos países, libros que compilaban y en los que participaban profesores del Centro de Estudios Internacionales y de otras instituciones, nacionales y extranjeras. A partir de 1991, se amplió, por sugerencia de Mario Ojeda, la cobertura geográfica de la colección México-Estados Unidos, para incluir a Canadá (ya estaba en marcha la negociación del TLCAN). El programa se convirtió entonces en el PROMEC (Programa de Estudios México-Estados Unidos-Canadá), que me ha tocado coordinar en la última década.

Quizá su temprano interés en el estudio de los migrantes lo llevó a interesarse también por el estudio de la frontera entre México y Estados Unidos, que impulsó, nuevamente, con sus propios estudios y con su indispensable participación en la creación de El Colegio de la Frontera Norte. Para estudiar la frontera, invitó, a principios de los años setenta, a Jorge Bustamante, quien ingresó al Centro de Estudios Sociológicos y que más tarde funda-

ría, en 1982, con el apoyo de Ojeda, el Programa de Estudios Fronterizos que terminaría convirtiéndose en El Colegio de la Frontera Norte, en Tijuana. Creo que a Ojeda le hubiera dado gusto saber que yo también me intereso en los últimos años por el estudio de nuestra frontera con Estados Unidos.

He seguido, pues, muchas veces sus pasos sin proponérmelo o me ha tocado continuar con proyectos que él inició. Pero es necesario subrayar que, independientemente de su enorme influencia sobre la enseñanza de las relaciones internacionales en México y sobre tantos internacionalistas mexicanos, Mario Ojeda nunca buscó acólitos, seguidores ni aduladores. Tampoco pretendió ser el artífice de una “escuela” de pensamiento ni orientar a los alumnos en una dirección. Nada más lejos de su personalidad. Su legado fue institucional. Ahí residió buena parte de su eficacia y de su grandeza.

Ojalá que Mario Ojeda me siga acompañando. 

## “Procurar la productividad científica y mantener la objetividad académica”\*

En 1985, como ya relaté en el capítulo anterior, viajé a España para pasar mi tercer año sabático. Una mañana de mayo, estando en mi amplia oficina de la Fundación Ortega y Gasset, sonó el teléfono. Era la recepcionista para decirme que tenía yo un visitante; bajé a la recepción y se trataba nada menos que de don Antonio Martínez Báez.

Subimos a mi oficina y allí me dijo con la solemnidad que lo caracterizaba: “Mario, soy portador de un mensaje de Víctor Urquidi. Quiere que le consulte a usted si aceptaría ser candidato a la presidencia de El Colegio. Pero aquí se agota mi mandato, la respuesta debe dársela al propio Víctor”.

Quedé sorprendido. Por fortuna no era necesario responder de inmediato. Debo confesar que, de entrada, la noticia no me agradó. La presidencia de El Colegio era mucha responsabilidad. Además, estaba yo muy contento, entregado de lleno a la investigación, pues la carga docente, que también me agradaba, era muy ligera. Y así se lo dije a mi esposa al darle la noticia. Ella me contestó, como de costumbre, que me apoyaría en lo que decidiera, pero, conociéndola, advertí que mi decisión le había parecido incorrecta.

Al día siguiente yo mismo era de la otra idea. Durante la mala noche que pasé, caí en cuenta de que rehuir una responsabilidad era una cobar-

\* Texto publicado en Mario Ojeda Gómez, *Memorias*, Ciudad de México, edición del autor, 2013, pp. 245-256.



En 1994, Mario Ojeda participa, junto con el entonces director del Fondo de Cultura Económica, Miguel de la Madrid, en una ceremonia por el natalicio de Daniel Cosío Villegas (foto: Archivo Histórico de El Colegio de México).

día y que yo, a lo largo de los años, sin advertirlo, había forjado una carrera que tarde o temprano habría de desembocar en la antesala de la presidencia misma de la institución. Poco tiempo después le di a conocer a Urquidi mi aceptación y él, a su vez, me lo agradeció. Como ya dije, con posterioridad me comunicó a París que la Junta de Gobierno me había nombrado presidente.

Tenía yo aún tres meses por delante en Europa que disfruté mucho. Regresé a México junto con mi esposa a principios de septiembre. Nos hospedamos con mis suegros, pues nuestra casa la habíamos rentado hasta el día 30 de ese mes. El día 18, Gustavo Cabrera, secretario general saliente, y quien supuse que había sido otro de los candidatos a la presidencia, ofreció en su casa una cena de despedida a Víctor y de bienvenida a mí. Al día siguiente, previo al de mi toma de posesión, sobrevino el primero de los dos grandes temblores que asolaron la Ciudad de México ese año. Recuerdo que mi hija Paloma, quien había venido de Washington para la toma de posesión y se había hospedado en casa de una amiga, llegó llorando al departamento de mis suegros y exclamó: “¡La ciudad está destruida!”. Poco a poco fuimos conociendo el desastre gracias a un radio de pilas que tenía mi suegro. En efecto, gran parte de la ciudad había sufrido destrucciones, pero en su mayor parte se había salvado. Por la tarde se restableció parcialmente la energía eléctrica.

Al día siguiente se llevó a cabo el acto de toma de posesión. El edificio de El Colegio estaba intacto, lo que se atribuyó al subsuelo rocoso. El presidente De la Madrid, que estaba programado para presidir la ceremonia, canceló su asistencia. Decidimos que el acto fuera austero en señal de luto. A pesar de todo, la asistencia fue concurrida, lo que me dio mucho gusto.

En mi discurso de inauguración dije lo siguiente: “Con el nombramiento he recibido un claro mandato de la Asamblea de Socios Fundadores: dar continuidad a una obra cercana al medio siglo, dentro de una práctica que evita la grandilocuencia y procura la efectividad. Prometo cumplir con dicho mandato. Las empresas desmedidas y los cambios radicales no serán parte de mi ges-

ción. Constituimos una institución académica que privilegia la moderación”.

Más adelante expresé: “En tiempos difíciles como los que ahora vivimos, conservar lo que se tiene es ya, en sí, una ganancia. En consecuencia, espero poder salvaguardar, con el apoyo de todos ustedes, nuestra valiosa herencia mediante la consolidación de sus programas y de sus altos niveles académicos”.

Otro pasaje medular fue el siguiente: “Somos una institución académica y, por ello, nuestra responsabilidad ante la sociedad es antes que nada la de procurar la productividad científica y mantener la objetividad académica frente a tentaciones de otro orden [...] La acción política y la promoción social son tareas primordiales que ennoblecen a quienes a ellas se dedican cuando las ejercen con honestidad. Sin embargo, ninguna de ellas nos pertenece. La sociedad nos ha asignado una función distinta que conlleva otra responsabilidad. Estemos conscientes de cuál es nuestro papel en la sociedad y no nos exponamos a que ésta nos reclame algún día el haber dejado de lado nuestra responsabilidad”.

Creo haber cumplido, durante mi primer periodo como presidente, con estos tres compromisos. Dirigí El Colegio con discreción y prudencia sin cometer excesos ni extravagancias. El Colegio no creció y buscamos ahorrar. Logré mantener la institución en la ruta académica, sin intromisiones de orden político o ajeno alguno.

Mi equipo de colaboradores estuvo formado por Alfonso Rangel Guerra en la Secretaría General, Lorenzo Meyer en la Coordinación General Académica, Alberto Palma en la Secretaría Académica y Humberto Dardón en la Secretaría Administrativa. El primero venía de España, luego de desempeñar el puesto de consejero cultural en nuestra embajada; el segundo era de casa, mi colega de muchos años; los dos últimos habían colaborado con Víctor Urquidi y yo los ratifiqué.

Como secretaria nombré a Raquel Estrada, quien me había acompañado en la dirección del Centro de Estudios Internacionales, la Secretaría General y la Coordinación Académica. Como chofer tomé a Enrique Barrientos, quien lo había sido de Urquidi y, por lo tanto, tenía experiencia.

Los directores de los centros de estudio serían los mismos que había designado Urquidí. Estos nombramientos deben ser ratificados por la Junta de Gobierno y trascienden, por lo tanto, los cambios de presidente. Ellos eran Berta Ulloa en Historia, Beatriz Garza Cuarón en Estudios Lingüísticos y Literarios, Blanca Torres en Internacionales, Gustavo Garza en Demografía y Desarrollo Urbano, Jorge Silva en Asia y África, Claudio Stern en Sociología y Jaime Serra Puche en Economía.

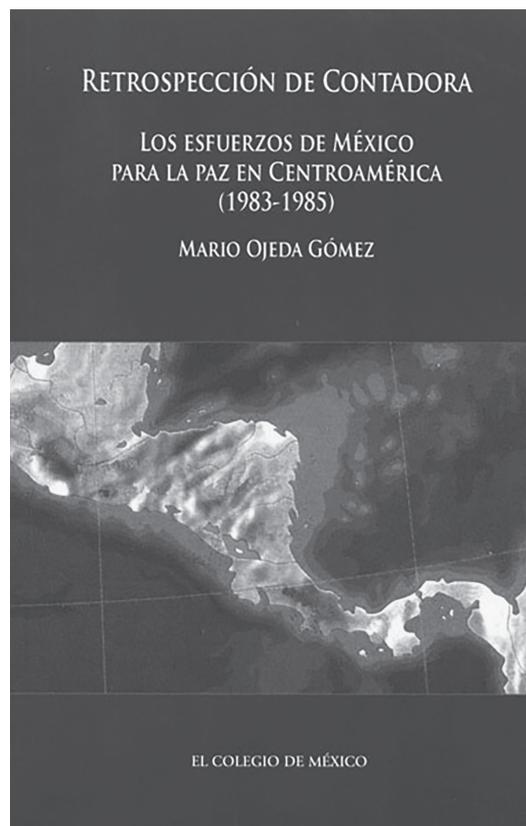
En las unidades de apoyo, los directores eran Ario Garza Mercado en Biblioteca, Rosa María Ruvalcaba en Cómputo y Antonio Valadez en Publicaciones.

Los programas especiales estaban coordinados por los siguientes profesores: Monique Legros, Formación de Traductores; Luis Fernando Lara, Diccionario del Español de México; Miguel Wionczek, Estudios Energéticos; Alejandro Nadal, Ciencia y Tecnología; Vicente Sánchez, Medio Ambiente, y Elena Urrutia, Estudios de la Mujer.

Al día siguiente de mi toma de posesión, me senté por vez primera en mi nuevo escritorio. Pasados la emoción y el aturdimiento provocados por la ceremonia, las felicitaciones, las muestras de simpatía y los terremotos, quedé solo en esa gran sala de la presidencia. Fue entonces cuando cobré conciencia, a plenitud, de la enorme responsabilidad que había adquirido.

Mi mayor preocupación era, desde luego, poder conducir esa gran nave a puerto seguro, pero también sentía sobre mí el peso de ser sucesor de hombres ilustres de talla internacional. A don Alfonso Reyes ni siquiera lo conocí, pero tuve la fortuna de haber trabajado muy de cerca con los otros tres. Ellos me transmitieron los valores de la institución y la forma de conducirla. Además, yo contaba con tres grandes ventajas: amplia experiencia directiva y administrativa, conocimiento a fondo de El Colegio y gran apoyo de colegas y trabajadores. Eso me infundía cierta seguridad.

De todas maneras, en el camino aprendí muchas cosas nuevas, experiencias aleccionadoras que asimilé incorporándolas a mi manual interno de comportamiento.



Tres o cuatro días después de mi toma de posesión, me llamó por teléfono el subsecretario de Educación Superior para decirme que nos recortarían fondos del presupuesto para destinarlos a los damnificados y a la reparación de los daños causados por los terremotos. Poco tiempo después, el propio presidente de la República convocó a una reunión para anunciar a las instituciones públicas un nuevo recorte. Así es que pronto quedamos “en los puros huesos”, o sea, para el pago de salarios solamente. Pero de este problema daré cuentas en detalle en un capítulo aparte.

Otro fastidio que tuve que enfrentar, al parejo de la austeridad, fue la nueva Ley de Entidades Paraestatales. Dada la gran corrupción que ocurrió durante el gobierno de López Portillo, su sucesor Miguel de la Madrid se había sentido obligado a basar su campaña electoral en el tema de la moralización de la administración pública. Uno de los resultados fue la ley de paraestatales. Pensada fundamentalmente para regular las empresas paraestatales productoras de bienes materiales, las

instituciones públicas de educación superior fuimos incluidas en ella quién sabe por qué razón. El caso es que de pronto se nos dio trato de fábricas y los profesores universitarios fuimos convertidos en “servidores públicos”.

Eso era lo de menos. La ley obligaba a las instituciones a incluir en su órgano de gobierno a un representante de una nueva secretaría de Estado llamada Secretaría de la Contraloría. Para peor ocurrencia, a estos representantes los llamaron comisarios, nombre asociado con la policía. Como todo funcionario encargado de buscar pelos en la sopa, estos comisarios fueron inquisidores implacables que causaron terror en el sector educativo.

El comisario que se asignó a El Colegio era un mal aprendiz de don Benito Juárez por lo adusto de su rostro y era un rígido “letrista”, al aplicar la ley sin conceder flexibilidad alguna de interpretación. A pesar de ello, yo insistía inútilmente en que la nuestra era una institución de educación e investigación. Llegó un momento en el que durante las sesiones él era quien más intervenciones tenía y empezó a generar temor y disgusto entre los miembros del órgano de gobierno.

Al no encontrar faltas en los documentos contables, el comisario se empezó a meter en cuestiones sustantivas: que por qué no procurábamos más donativos de libros para ahorrar en la compra; que por qué habíamos enviado un estudiante a hacer su doctorado a Suiza y no a Estados Unidos que resultaba más barato. A ello contesté que la mayor parte de los libros donados que recibíamos eran descartados, pues ya los teníamos, y que eso era natural para una biblioteca con más de medio millón de volúmenes. Además, que sólo las compras nos permitían contar con las novedades bibliográficas que nos mantenían al tanto del desarrollo de las disciplinas científicas que practicábamos y de las obras que los profesores requerían para sus cursos o para sus investigaciones.

Al segundo cuestionamiento contesté que nosotros, como institución dedicada a alcanzar la excelencia académica, procurábamos enviar a nuestros estudiantes distinguidos a los mejores programas del extranjero, no a los más baratos.

Un buen día llegué triunfante a la reunión del órgano de gobierno. Esa mañana informé, ingenuamente, acerca de un donativo por 600 000 pesos que me había entregado personalmente el presidente De la Madrid para establecer un fondo patrimonial que atrajera contribuciones privadas. Todos los presentes me felicitaron menos el comisario, quien me preguntó que cuál partida del presupuesto nacional había afectado ese donativo. A lo que contesté: “Claro que no sé, no iba yo a cometer la imprudencia de preguntarle eso al señor presidente”. Pero eso resultó ser “el pelo en la sopa” que estaba buscando el comisario.

Tiempo después, ya durante el gobierno de Carlos Salinas, me encontré a Manuel Bartlett en una ceremonia de Palacio Nacional. Él era entonces secretario de Educación y al verme me preguntó: “¿Pues qué pecado cometiste, Mario?”. A lo cual contesté: “¿Por qué?”. Y entonces me contó la historia: la Secretaría de la Contraloría le había enviado copia de un grueso expediente que me habían formado en el que se me acusaba de muchas cosas. La Secretaría se lo había enviado a Bartlett, como cabeza de sector, para su consideración antes de que se me fincaran responsabilidades y se le diera curso al caso.

Me fui a ver al presidente Salinas y le dije: “Señor presidente, lo vengo a molestar, pues ahora resulta que aquel dinero que gracias a usted me dio el licenciado De la Madrid cuando era presidente para establecer un fondo patrimonial, es un pecado”, y le referí la historia. Él me indicó que viera a Ernesto Zedillo, a la sazón secretario de Programación y Presupuesto, quien a su vez me refirió con su directora de Asuntos Jurídicos. A ella le llevé la copia del expediente y me comentó que ya estaba cansada de tantos atropellos absurdos cometidos por los comisarios y que no me preocupara, que ella se encargaría del asunto de inmediato.

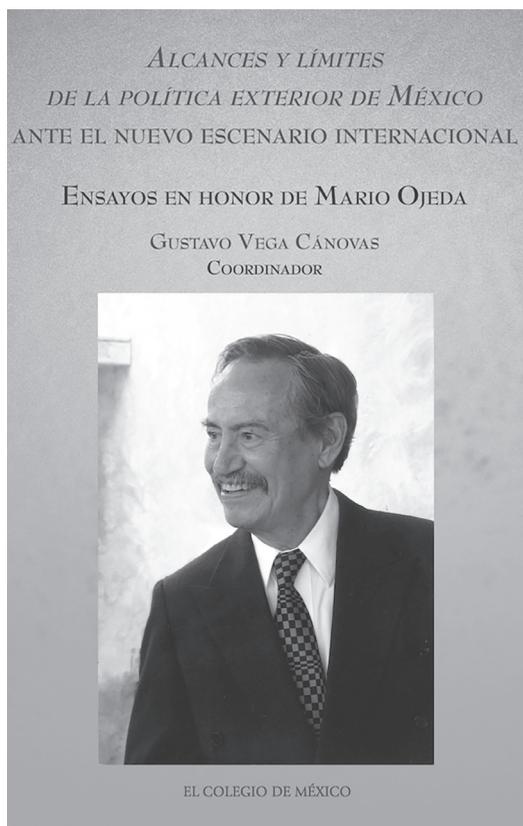
Mi gestión dio resultado, pues al poco tiempo nos cambiaron de comisario. La nueva comisaria era una distinguida señora, Alba Alicia Mora, convencida de que era necesario y lógico dar una aplicación más flexible de la ley de paraestatales a las instituciones de educación superior.

Para cerrar el caso y confirmar públicamente su confianza en las autoridades de El Colegio, el presidente Salinas anunció un donativo por diez millones de nuevos pesos. Lo hizo durante la ceremonia por el quincuagésimo aniversario de la institución, que se llevó a cabo en la explanada del edificio el 16 de octubre de 1990.

Otro gran problema que tuve que enfrentar desde que tomé posesión fue el de los servicios de computación. La vieja computadora PDP-470, a la que en sus inicios hubo necesidad de aislar en un cuarto blindado para protegerla de la antena del vecino canal 13, era ya inservible. Borraba con frecuencia los trabajos y sus constantes reparaciones eran cada vez más caras y difíciles por falta de refacciones. Pero, peor aún, la máquina no era nada más mecánicamente inservible, sino tecnológicamente obsoleta. La computadora personal había irrumpido ya, de súbito, en el mercado.

Para mi salvación, como decía Maquiavelo, la fortuna vino en mi apoyo. Por aquel entonces, la IBM, compañía que dominaba el mercado de la computación, andaba en busca de un proyecto que demostrara la utilidad de ésta en la enseñanza y la investigación en el campo de las humanidades. Raúl Ávila, del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, se encargó de elaborar un catálogo lingüístico que agradó mucho a los técnicos de la IBM por su utilidad. A cambio de ello, recibimos un buen número de computadoras personales, parte de las cuales se usó para instalar la primera sala de computación para estudiantes y la otra se repartió entre profesores. Así logramos entrar a la era de la computadora personal. Esa noche dormí tranquilo.

Pero el mayor problema que tuve que enfrentar y que virtualmente me quitaba el sueño fue el de la pérdida de talentos. Durante lo peor de la crisis presupuestaria, un buen número de profesores decidió marcharse a buscar mejores remuneraciones en el gobierno, el sector privado, las universidades extranjeras y los organismos internacionales. Fue una verdadera fuga de cerebros. También hubo casos de gente nuestra que, estando en el extranjero, con base en el programa de formación de profesores pudimos repatriar con grandes dificultades, pero el monto de la beca que había venido recibien-



do resultó ser superior al del sueldo que les podíamos ofrecer.

Esta gran sangría de profesores no era exclusiva de El Colegio, afectaba por igual a todas las universidades, por lo que fue encarada por el gobierno federal con un programa general: el Sistema Nacional de Investigadores. Este programa otorgaba a los investigadores activos una beca que se pagaba directamente al beneficiario. El sistema fue criticado en círculos académicos porque dejaba fuera la enseñanza y porque, al pagar la beca de esa manera, los estímulos para elevar la productividad quedaban en sus manos y no en las de las universidades. Esto era cierto, pero también lo fue el hecho de que se logró parar en seco la fuga de profesores.

Pero no fue sólo de penas y preocupaciones mi primer periodo como presidente, hubo también alegrías y satisfacciones. El presidente de Brasil, José Sarney, visitó El Colegio. También recibimos la visita del presidente del Banco Mundial y de los presidentes de tres prestigiadas universidades de

Estados Unidos: Harvard, Stanford y Tulane. Mención especial merece, entre las visitas, la de los reyes de España, quienes nos acompañaron, en enero de 1988, para conmemorar el quincuagésimo aniversario de la fundación de La Casa de España, institución precursora de El Colegio de México.

Aquí abro un paréntesis para relatar dos cosas interesantes. La primera es que el anuncio de la visita de los reyes provocó, como ninguna otra, grandes expectativas en la comunidad de El Colegio, particularmente entre los trabajadores. Pero las expectativas se generaron también más allá de los muros de la institución y hubo una muy alta demanda de invitaciones. El cupo del auditorio es de 300 personas solamente; por lo tanto, convine con el jefe de protocolo de la Casa Real española cortar la ceremonia para que los reyes pudieran deambular por la explanada del edificio, conviviendo así con mayor número de gente. Así se hizo y resultó un éxito contundente.

Por otra parte, se me informó que, conforme al protocolo español, yo debía dirigirme a los reyes como sus majestades o simplemente majestades. Yo reaccioné diciendo que no podía hacerlo, pues era el presidente de una institución con un origen precisamente republicano. Después de mucha discusión, acordamos que los llamaría señor y señora o don y doña. Los discursos de bienvenida estuvieron a cargo de mí como presidente y de Rafael Segovia, a quien invité para la ocasión por tratarse del más viejo de los supervivientes españoles en El Colegio. Ironías del destino, un refugiado republicano español dándole la bienvenida al rey de España. Rafael se portó a la altura de las circunstancias.

Cabe destacar también otra ceremonia del quincuagésimo aniversario de la fundación de La Casa de España que se llevó a cabo el 23 de noviembre de ese año encabezada por el presidente de la República Miguel de la Madrid.

También se realizaron las ceremonias de investidura como profesores eméritos de Víctor Urquidí y Antonio Alatorre, que fueron muy emotivas. La

comisión binacional para el Futuro de las Relaciones México-Estados Unidos, copresidida por Hugo Margáin y Lawrence Eagleburger, escogió El Colegio para su instalación el 9 de octubre de 1986. Dos años más tarde presentó su informe final, también en El Colegio.

El 5 de junio de 1988 se llevó a cabo la presentación de la revista *Estudios Sociológicos* y dos años antes se hizo entrega, al gobierno de Veracruz, de un lote de libros sobre historia del estado hechos con su financiamiento por autores veracruzanos y profesores de El Colegio. Durante este periodo se firmaron convenios de colaboración con Banamex, Banca Serfín, IBM y Radio Educación.

Al acercarse la fecha del fin de mi primer periodo como presidente, los miembros de la Junta de Gobierno me sugirieron que me quedara un segundo mandato. Aducían que yo había iniciado una obra importante y exitosa, sobre todo en materia de financiamiento, y que era necesario continuarla y consolidarla. Además, distintos grupos de profesores vinieron a verme para solicitarme que me quedara otro periodo aduciendo las mismas razones.

Estas iniciativas, tomadas espontáneamente por miembros de la Junta de Gobierno y grupos de profesores de distintos centros, me dieron una gran satisfacción y me llenaron de orgullo. Significaba que mis propios pares, quienes mejor conocían y apreciaban la institución, aprobaban mi gestión como presidente. Por otra parte, en el fondo de mí pensaba que realmente mi proyecto de búsqueda de fuentes extraordinarias de financiamiento, que le dieran a El Colegio mayor libertad de gestión, estaba inconcluso.

En efecto, una negociación para un cuantioso apoyo que venía yo tratando con la Fundación Sasakawa de Japón, estaba pendiente. Igualmente, las gestiones que había emprendido, con el apoyo de Jaime Serra Puche, ante las empresas Nissan y Volkswagen, estaban también pendientes e iban por buen camino. En consecuencia, decidí quedarme en la presidencia por otro periodo. 

# VOICES *of Mexico*

CISAN • UNAM

ISSN: 0186-9418

## CANNABIS SPEAKS OUT

Xanic Galván, @XanicGe

Issue 120 • Summer 2023

*Voices of Mexico* represents Mexico's plurality of voices from the University and the whole society. Not tied to any current situation, we address particular topics from different angles, aiming to banish the stereotyped view from abroad about the Mexican culture.

Magazine printed entirely in English, distributed in the North America region, Mexico, The United States and Canada.



# LA AVENTURA DE LA VIDA COTIDIANA

CEH

<p>Antonio Vanegas Arroyo, andanzas de un editor popular (1880-1901)</p> <p><i>Judith Díaz Fene Ángel Ceballos Vanegas</i></p> 	<p>¿Autor devoto o refinado hipócrita? Fernando Martagón ante la Inquisición</p> <p><i>Olivia Moreno Gamboa</i></p> 	<p>¿Dónde estás?, ¿qué haces, Leona Vicario?</p> <p><i>Anne Staples</i></p> 
<p>Ebrios y laboriosos: dos aproximaciones a la sociedad capitalina hacia el final del siglo XVIII</p> <p><i>Miguel Ángel Vázquez Meléndez</i></p> 	<p>"El derecho a vivir como una mujer amante y amada" Nydia Gamargo, su crimen y su juicio (México, década de 1920)</p> <p><i>Elisa Speelman Guerra</i></p> 	<p>Feminismo y racismo. Los miedos de María Ríos Cárdenas</p> <p><i>Ana Lilia García Prión</i></p> 
<p>Hablando de historia. Lo cotidiano, las costumbres, la cultura</p> <p><i>Pilar González Aizpura</i></p> 	<p>Los patriotas en escena (1862-1869)</p> <p><i>Miguel Ángel Vázquez Meléndez</i></p> 	<p>Mulato Miguel. Entre amigos y demonios. Oaxaca, siglo XVII</p> <p><i>Pilar González Aizpura</i></p> 
<p>Seglars en el claustro. Dichas y desdichas de mujeres novohispanas</p> <p><i>Pilar González Aizpura</i></p> 	<p>Shogunes y navegantes. Dos documentos novohispanos del siglo XVII</p> <p><i>Leticia Mayer Celis Pilar Galanca Barrios</i></p> 	<p>Un caso criminal de oficio de la justicia eclesiástica</p> <p><i>Antonio Rabal García</i></p> 
<p>Un crimen en Durango en el siglo XIX. Doña Nepomucena Alcalde y el terrible asesinato de su marido</p> <p><i>Leticia Mayer Celis</i></p> 	<p>Un desafío a la Real Universidad de México: el arribo de grupos de bajo rango social</p> <p><i>Rodolfo Aguirre Salcedo</i></p> 	<p>Un divorcio secreto en la Revolución mexicana: ¿todo por una jarocho!</p> <p><i>Ana Lilia García Prión</i></p> 
<p>LA AVENTURA DE LA VIDA COTIDIANA SERIE HISTORIA-INVESTIGACIÓN</p> <p>EL COLEGIO DE MÉXICO</p> 	<p>LA AVENTURA DE LA VIDA COTIDIANA SERIE HISTORIA-INVESTIGACIÓN</p> <p>EL COLEGIO DE MÉXICO</p> 	<p>LA AVENTURA DE LA VIDA COTIDIANA SERIE HISTORIA-INVESTIGACIÓN</p> <p>EL COLEGIO DE MÉXICO</p> 

Publicaciones

El Colegio de México, A. C.,

Dirección de Publicaciones, Carretera Picacho Ajusco 20, Ampliación Fuentes del Pedregal, 14110, Ciudad de México  
Para mayores informes: Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295, o correo electrónico: [elibro@colmex.mx](mailto:elibro@colmex.mx)